

tud. En esta civilización occidental, tan acostumbrada a reducir todo a dólares, puede hacerse notar —como hacen Chovin y Roussel— que en Estados Unidos se estiman las pérdidas por contaminación en unos sesenta dólares anuales por habitante; en Gran Bretaña, en unos diecisiete dólares, y en Francia, en unos doce dólares. Como es prácticamente imposible evaluar todo lo que resulta afectado por la contaminación, estas cifras, si pecan de algo es de tímidas.

Los autores de este libro recalcan también que la lucha contra la contaminación atmosférica exige grandes inversiones improductivas ("en el sentido industrial de la palabra productividad", puntualizan), si se quiere anularla en las zonas donde alcanza niveles más elevados.

Lo malo —y eso no lo dicen los autores, que se refugian en una moderación impropia, creo yo, cuando está en juego la supervivencia de un mundo habitable— es que los que pierden el dinero y los que tienen que gastárselo son entes distintos. Las pérdidas son de la sociedad en conjunto. Los gastos corresponden —o es demasiado pedir?— a los responsables: industriales, fabricantes de automóviles, elaboradores de gasolina... Y, hasta ahora, parece que no todos han tomado conciencia de que están envenenando a la Humanidad, y algunos parecen más interesados en seguir manteniendo un alto margen de beneficios, sin malgastarlos en inversiones "improductivas".

Advierto en el libro una falta. Hubiese sido muy interesante haber añadido a la edición francesa un comentario sobre la contaminación en España, para contribuir a un mayor acercamiento de la opinión pública española a este grave problema, que, desde este libro, se nos aparece como algo lejano, que no nos afecta. ■ GACIANO.

Literatura alemana: ¿borrón y cuenta nueva?

El «día cero» de la literatura alemana contemporánea, ¿cuál fue: el de la muerte de

Hitler o el de la publicación del «Doktor Faustus», de Thomas Mann? ¿Es posible, para los escritores alemanes actuales, partir de un definitivo «borrón y cuenta nueva»? ¿Hay una o dos literaturas alemanas de posguerra?

Hans Mayer, ex catedrático de la Universidad de Leipzig y ex ciudadano de la República Democrática Alemana, ha intentado responder a estas cuestiones. Partiendo de una figura tan insoslayable como Thomas Mann —quizá el último representante de la gran novelística burguesa europea—, y considerando la dispar influencia de otras dos grandes personalidades de la literatura germánica (Brecht y Kafka), Mayer hace un rápido recuento de los escritores alemanes contemporáneos: desde el malogrado Wolfgang Borchert (a quien Mayer sitúa como simple «eco retardado» de los modelos expresionistas) hasta el siempre discutible Günter Grass («... un gran talento literario, pero también un escritor muy apegado a la tradición...»).

El libro de Hans Mayer es tan inteligente como discutible. Sus juicios —a veces crueles— sobre autores tan prestigiados como Lion Feuchtwanger, Anna Seghers, Carl Zuckmayer, Christa Wolf e incluso Heinrich Mann (el hermano «malo» del gran novelista) no dejan de poseer fundamento lógico. Sin embargo, su estimación por ciertas obras del católico renano Heinrich Böll y sus rápidas y fragmentarias opiniones sobre algunos escritores (Peter Weiss, Frisch, Dürrenmatt, Martin Wasler, Hans Magnus Enzensberger, Bachmann, Uwe Johnson, Kluge...) podrían, de ser aceptadas sin reservas, conducirnos a apreciaciones erróneas. Asimismo, su valoración del factor «exilio» debería haber sido llevada a terrenos polémicos de más envergadura.

Al margen del texto original de Mayer, la edición castellana (en magnífica traducción de Pilar Lorenzo) presenta, a mi entender, un grave inconveniente: su falta de eficacia informativa. Habría sido muy útil insertar una amplia tabla cronológica de autores y obras; sin esta base documental, la mayoría de los escrito-

res objeto de comentario queda convertida, para el lector español «no iniciado», en una simple nómina fácilmente olvidable. ■ S. R. S.

(*) HANS MAYER: «La Literatura alemana desde Thomas Mann». Alianza Editorial. Madrid, 1970.

Caro Baroja: el desmitificador que desmitificare...

Julio Caro Baroja —antropólogo, historiador, sociólogo, erudito a pesar suyo, irredimible ironizador y sobrino de su tío— sabe perfectamente que su destino "no es el de mantenedor de Juegos Florales, ni el de maestro venerado de la erudición nacional". Así pues, sus empeños técnicos parten —al no ser "interesados"— de una, al menos teórica, absoluta neutralidad. No debe, por ello, pensarse que Caro Baroja sea un hombre "sans gages"; lo que sucede es que su "engagement" desborda las mínimas fronteras de un compromiso excluyente y exclusivo. En otras palabras: Caro Baroja no es un dogmático, sino un crítico. Y por ello bordea a menudo las peligrosas riberas del escepticismo.

En su último libro —recopilación de varios trabajos breves—, arremete esencialmente contra el mito del carácter nacional (teoría "de base testicular y hormonal, para medrar en aulas y covachuelas"). Otros trabajos, en especial los titulados "La fuerza del olvido" y "Sobre la importancia de la mentira en las ciencias históricas" —en el que Caro, siguiendo a su modo las tesis sobre la indeterminación científica de Heisenberg, apunta que "un método en sí altera hasta cierto punto el hecho que observa"—, presentan esa constante intención desmitificadora.

Yo deseaba no incurrir aquí en los pecados que Caro Baroja atribuye con más razón que un santo a la librería crítica: la vaguedad ditiirámica, la acrimonia ajena a la lectura objetiva, la recensión de origen "solapario"... El espacio es, por desgracia, escaso, pero la dicha es buena. Y aunque él —historiador per-

plejo a quien no le preocupa hacer "strip-tease" con las flaquezas del oficio— crea que "el verdadero destino de los libros es no tener destino", este pequeño libro tendrá (o merece tener) su buena suerte. ■ S. R. SANTERBAS.

(*) JULIO CARO BAROJA: «El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo». Seminarios y Ediciones, S. A. Madrid, 1970.

CINE

Cien números de "Nuestro Cine"

La nota puede parecer protocolaria, pero no querría serlo. Las consideraciones a que da lugar la llegada de «Nuestro Cine» al número 100 de su existencia son necesariamente más ricas y complejas de lo que cabe en una nota conmemorativa, pero alguna de ellas sí resulta preciso enunciarla. Y lo primero a resaltar es la propia presencia del hecho, la realidad en sí misma de que una revista especializada (y por lo tanto, entre nosotros, minoritaria) haya alcanzado esta especie de record deportivo que constituye pasar la centena de forma ininterrumpida, sin ayudas oficiales y con una línea de seriedad ideológica que, a pesar de sus vaivenes circunstanciales, nacidos de las características de quienes componían el Consejo de Redacción de cada época, debe ser considerada como el logro continuado de mayor importancia que puede exhibir «Nuestro Cine».

«Creemos que podía haberse hecho, partiendo de nuestros supuestos teóricos, un "Nuestro Cine" bastante mejor que el que hemos hecho. También creemos que, partiendo de los datos concretos, es decir, de las limitaciones expresivas, de las limitaciones culturales del ámbito cinematográfico español y, en otro

orden, de nuestras limitaciones económicas y de las limitaciones procedentes de la ausencia de una profesionalidad periódica entre nuestros colaboradores, quizá no esté del todo mal lo hecho y hayamos contribuido de forma no desdenable a provocar y sostener un tipo de debate cinematográfico que ha contado —y cuenta— en nuestro país con muy pocos puntos de apoyo». Este es uno de los párrafos auto-críticos que contiene el número 100-101 de la revista (dedicado, sin carácter conmemorativo alguno, a Eisenstein y Huston) en su editorial de introducción. Pero más que un juicio de valor sobre el trabajo realizado (7.200 páginas a lo largo de nueve años), lo que me parece importante es realizar un análisis —inabordable seguramente por el propio «Nuestro Cine»— de la evolución seguida a lo largo de estos cien números. Para cualquiera resulta evidente que los primeros ejemplares no son precisamente iguales a los recién aparecidos. El problema de lo que debería ser el cine español, la cuestión del realismo, la problemática del cine americano, son —como ejemplo— tres temas sobre los que la revista ha experimentado una notable variación. Variación que, a niveles más amplios (y de ahí viene el interés), resulta perceptible en amplios sectores de la cultura española. Por otra parte, en «Nuestro Cine» parece necesaria una nueva orientación de tipo informativo, mayor cohesión de su equipo de redacción, evitar el terrorismo crítico de alguno de sus miembros y una más amplia difusión. No son consejos —¡por favor!—, sino simples impresiones críticas desde TRIUNFO (tan ligado a «Nuestro Cine» por diversos motivos), dichas por alguien que también ha tenido la satisfacción de ver su nombre en la revista. ■ FERNANDO LARA.

«Espartaco»

Cuando menos, «Espartaco» puede enorgullecerse de marcar un hito en la historia del cine. Esta consideración no viene otorgada desde la mayor o menor calidad del film, sino de su propia existencia física como primera película de gran espectáculo que con-